

Jorge **NEGRETE**  
★ Rita **CONDE**

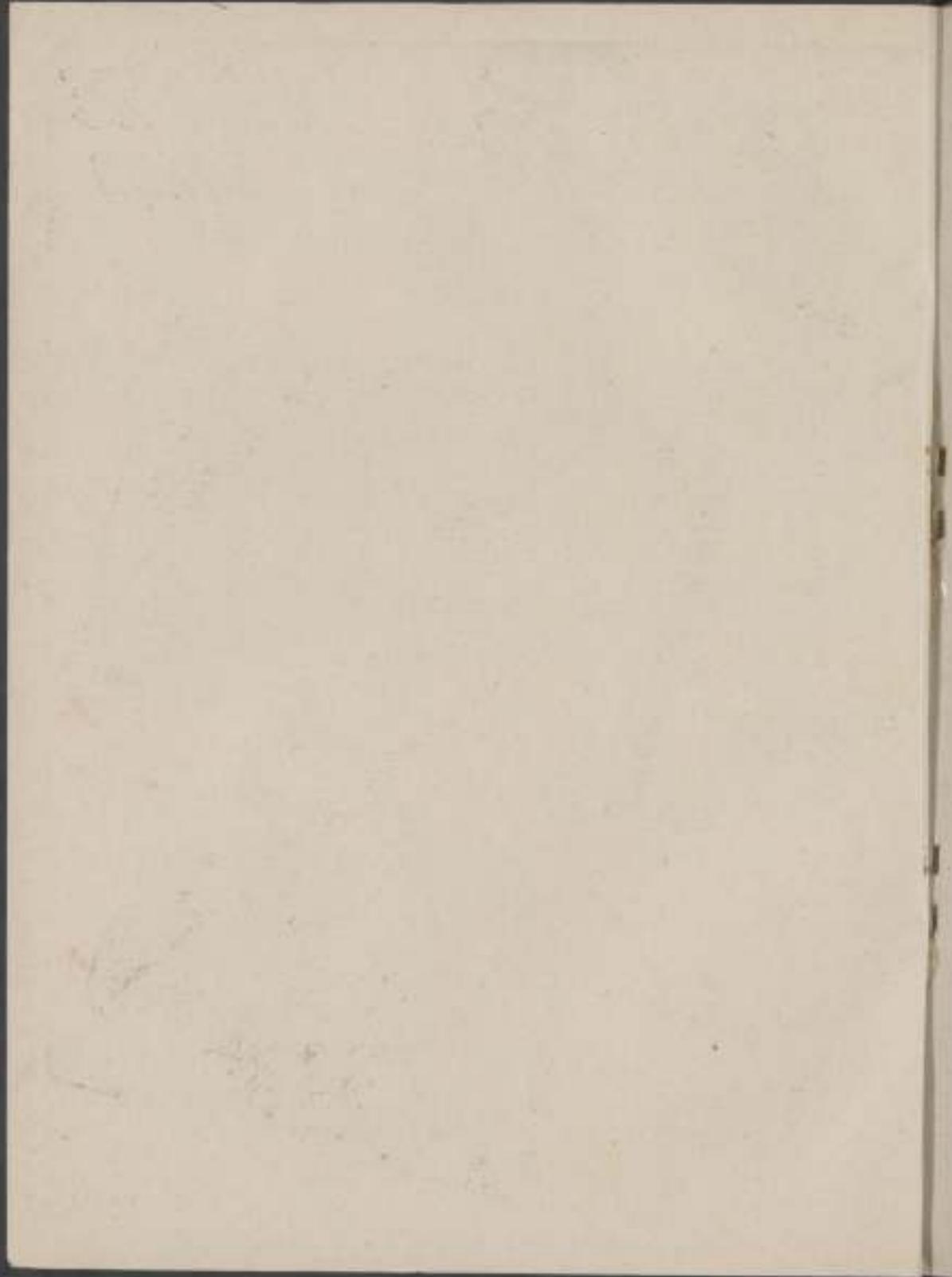


Editorial **ALFA**

**EL**  
**AHINADO**  
*de la*  
**MUERTE**



EDICIONES BIBLIOTECA FILMS. Serie Especial





EL AHIJADO  
DE LA MUERTE

Reservados los derechos de  
traducción y reproducción

ARTES GRAFICAS ESTILO  
Valencia, 234 - Teléfono 70657  
BARCELONA

# EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: SAMON SALA VIEDAGUER

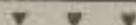
Apertado 707 :: BARCELONA :: Teléfono 70657

Valencia, 234 :: Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTE DE VENTAS Sociedad General Española de Librería  
Barbarrá, 14, Barcelona - Tomera, 4, Madrid

EDITORIAL

"ALAS"



AÑO XXVI

SERIE ESPECIAL

NUM. 285

NUM. 156

## EL AHIJADO DE LA MUERTE

En México donde tiempo ha no existía la libertad y la tierra pertenecía a un mismo señor, cuya soberbia era aun mayor que su dinero, sólo a los hombres faltaba marcar con el hierro como a todo lo demás: ganado, limitaciones de tierras, muros...; la hombría y bien de un hombre puso fin a tal estado de cosas gracias al amor y al noble empeño que puso siempre en sus nobles acciones.

---

### DISTRIBUCION

Aragon, núm. 242

BARCELONA



Avda. José Antonio, 31

MADRID

PRINCIPALES INTERPRETES

---

*Pedro* . . . . . Jorge Negrete  
*Marina* . . . . . Rita Conde  
*Dionisio* . . . . . Leopoldo Ortín  
*Julio* . . . . . Clancherotti, y  
Emma Roldán  
Francisco Jambrina  
Tito Junco  
Enrique Cancino

---

Director:

Norman Foster

---

---

Narración literaria por  
Luis Manuel Molina



---

## INTRODUCCION

Un lugar tétrico habían elegido las tropas del *generali- to* Martínez — estamos en el México revolucionario de principios de siglo — para acampar aquella noche. En las inmediaciones del cementerio de un pequeño poblado encendieron varias fogatas para protegerse del frío de la noche y, envueltos en sus *sarapes*, dormían a su alrededor. Sólo unos pocos, despiertos y en guardia, hacían de centinelas.

Inesperadamente — siempre es inesperada una visita nocturna a un cementerio — el silencio de la noche fué interrumpido por el ruido de unos pasos cansinos que se dirigían hacia las puertas del camposanto. Uno de los centinelas, al distinguir en la obscuridad la sombra que caminaba, apuntó su fusil hacia ella y ordenó:

— ¡Alto, *manito!* Date la vuelta y aproxímate a esta fogata, que queremos mirarte a la cara y a las intenciones para ver si son buenas.

El interpelado obedeció y, al entrar en el círculo iluminado por el fuego, pudieron ver los centinelas que se trataba de un anciano de barba blanca y venerable aspecto.

— Buenas son mis intenciones — dijo una vez que hubo llegado junto a ellos — y espero que tan buena como ellas

sea vuestra acogida. ¿Podría calentarme en vuestra hoguera?

Ya fuese porque el anciano poseía el don de captarse la simpatía de su prójimo, ya porque el corazón de aquellos bravos no era tan duro como sus fieros rostros hacían suponer, el caso es que accedieron a su petición, ofreciéndole un puesto junto a los ardientes troncos.

Así estuvo largo rato, hasta que uno de los centinelas, aburrido y cansado, rogó al anciano:

—Ande, viejo, cuéntenos algunas historia del «Ahijado de la muerte»...

El anciano, antes de contestar, dudó unos instantes, pero al fin dijo con débil voz:

—Si no os desagrada, puedo contaros la historia del «Ahijado de la muerte».

Al oír estas palabras el rostro de los centinelas se iluminó.

—¿De veras conoce esa historia? — inquirieron ávidamente.

El anciano asintió con la cabeza.

—Pues cuéntela, abuelo, que «pa» pronto se hace tarde.

El círculo de hombres alrededor de la hoguera se espesó y muchos de los que estando medio dormidos habían oído mencionar el nombre del «Ahijado de la muerte», prefirieron abandonar el sueño antes que perderse aquella historia.

Así pues, en medio del silencio que se produjo por la expectación, el anciano comenzó su narración, no sin antes haber tomado aliento.

## EXTRAÑA MADRINA

—Vosotros — comenzó diciendo — lucháis por la libertad y por la tierra; pues bien, hace ya de esto muchos años, no existía en este pueblo la libertad y en cuanto a la tierra, toda, absolutamente toda, pertenecía a un mismo señor, cuya soberbia era aún mucho mayor que su riqueza. Sólo a los hombres faltaba ya marcar con el hierro, en todo lo demás: ganado, mojones, muros... campeaba, desde varias generaciones atrás, el distintivo de un castillo, símbolo del apellido de tan abominable raza. Empieza esta historia en vida de don Enrique del Castillo, quien, pese a ser menos cruel que su antecesor, no por ello dejaba de tratar con despotismo a sus humildes colonos, a los que hacía trabajar día y noche para luego pagarles con una moneda de dos espantosas caras: hambre y miseria.

Por eso no es de extrañar que uno de sus colonos, llamado Dionisio Gómez, y por más señas hombre de gran corazón y algo dado a la bebida, sintiera viva inquietud por la suerte que había de correr su recién nacido hijo. No quería, como es natural, que heredara su humilde condición y por ello era por la que antes de cristianarle solía decirle:

—Tienes que vivir feliz, *chamaco* querido, y mejor de lo que han vivido tus pobres padres. Por eso quiero buscarte una madrina poderosa, una madrina que te dé lo que jamás yo podré darte: bienestar y felicidad.

Y con esta preocupación en su cerebro y la botella de tequila en el bolsillo, el bueno de Dionisio abandonó su casa para dirigirse al cementerio, pues siendo día de los difuntos, no quería dejar de visitar la tumba de su padre.

Durante el camino empujó varias veces el codo y una de ellas estuvo a punto de costarle la vida, pues, estando con la cabeza alta para que resbalara bien la bebida por su gaznate, no vió cómo se acercaba, a un paso que más parecía galope que trote, la carroza de la esposa de don Enrique. Afortunadamente, el conductor fué lo bastante hábil para esquivarle y, gracias a ello, no recibió más herida que la ofensa que le hizo la dama, quien, olvidándose de su linaje, le insultó:

—¡Feo! ¡Borracho!

En lugar de callarse, Dionisio replicó con gracia:

—Borracho, sí; pero feo... ¡no!

Y la verdad es que era aún más feo que borracho, aunque con la fealdad hubiera mucho más de graciosa simpatía.

Después de este incidente, prosiguió Dionisio bebiendo y caminando, caminando y bebiendo, hasta que, medio tambaleándose, llegó al cementerio. Saludando a los conocidos que encontró, se dirigió a la tumba de su padre y una vez ante ella se descubrió y con simpático acento le saludó:

—¿Cómo le va, *sefecito*!

Y después de esta salutación se sentó a los pies de la tumba y comenzó a hablar dirigiéndose a la cruz, donde estaba escrito el nombre de su padre.

—Sabe usted, viejo, que ya tiene un nieto. ¡Sí! —añadió como queriendo disipar la posible incredulidad de su difunto padre—. ¡Un *chamaco* muy lindo! Y le pienso llamar Pedro, como usted. Pero lo que yo quisiera es una madrina poderosa...

Se detuvo y, para refrescar su garganta, apuró el último trago de tequila que le quedaba. Y fué precisamente este trago el que colmó su capacidad de bebedor. La cabeza comenzó a darle vueltas, al paso que una voz cavernosa machacaba en sus oídos, repitiendo las mismas palabras:

—Una madrina poderosa... una madrina...

La vista se le nubló y, entre brumas, le pareció ver unos esqueletos que le miraban fijamente con las horrorosas cavidades de sus órbitas. Después, desvaneciése esta visión y apareció ante él la carroza que estuvo a punto de atropellarle; vió cómo descendía de ella la esposa de su patrón y oyó cómo le decía con dulce y delicada voz:

—Yo seré la madrina de tu hijo. Soy rica y le daré todo lo que necesite, no le faltará nunca nada...

—Gracias — contestó Dionisio a la quimérica figura que estaba ante él —, pero usted es rica y los ricos no se acuerdan de los pobres más que cuando tienen que hacerlos trabajar.

Como si estas palabras hubieran servido de conjuro para deshacer el hechizo, la visión desapareció, aunque no tardó mucho en ser substituída por una nueva.

Una mujer con trazas de mendiga se le acercó y con palabras amorosas le dijo:

—Yo seré la madrina de tu hijo; soy buena y nunca le faltará cariño y consuelo en esta vida.

—Gracias — rechazó esta vez también Dionisio —, Tú eres pobre y aunque los pobres tengamos un gran corazón no podemos ayudarnos.

También tuvieron estas palabras la virtud de desvanecer la visión..., pero aun le estaba reservada otra y ésta todavía más fantástica que las anteriores.

Una carroza tirada por media docena de negros corceles, adornados con penachos del mismo color, se detuvo ante él y de ella bajó una enlutada señora cuyo rostro le fué imposible distinguir. Después, acercándose a él, le dijo con voz fría, que casi heló la sangre de sus venas:

—Yo soy más poderosa que los pobres y los ricos, soy su dueña y señora. Todos me respetan, todos me temen...— y con acento que no admitía réplica añadió—: ¡Yo seré la madrina de tu hijo!

Quiso el bueno de Dionisio decir algo, preguntar quién era; pero para nada de eso tuvo tiempo. Nada más pronunciar la última palabra, la visión se esfumó y volvió a encontrarse con la realidad.

Había anochecido. Su vista, después de recorrer el cementerio, en el que, a excepción de él, ya no quedaba nadie, se posó en la botella vacía que aun conservaba en sus manos y comprendió que todo lo que había visto no fué otra cosa que una pesadilla debida a su borrachera, por lo que, restregándose los ojos como queriendo borrar de ellos el recuerdo de su alucinación, se levantó y se volvió para su casa.

Mientras caminaba, el fresco de la noche despejó algo su cabeza y le hizo pensar con claridad. Se acordó de su mujer, a la que había dejado sola en cama convaleciente aún del parto, y, espoleado por la preocupación de que hubiera podido sucederle algo durante su ausencia, aceleró su paso y llegó a su casa en pocos minutos.

Cuando entró, corrió en seguida hacia el lecho de su mujer y, al verla dormida, se inclinó despacito para no despertarla y suavemente posó sus labios en su frente.

Un escalofrío recorrió su cuerpo en ese momento: había notado una frialdad en la frente de su esposa que no podía ser otra que la de la muerte... ¡Sí! ¡No cabía duda! ¡Estaba muerta!

—¡Lupe! —gritó desesperado—. ¡Lupeita linda, contéstame!

Pero sus esfuerzos para que sus palabras tuvieran contestación fueron estériles. Entonces rompió a llorar y con las lágrimas en los ojos se dirigió hacia la cuna de su hijo. También el pequeño lloraba; parecía como si la infeliz criatura se hubiera dado cuenta de su desgracia.

En medio de su inmenso dolor, Dionisio recordó la vi-

sión del cementerio y comprendió su espantoso significado: ¡la muerte era quien había apadrinado el nacimiento de su hijo!

• • •

Después de una larga pausa, el anciano prosiguió su narración:

—Creció el pequeño sin conocer la palabra miedo y todos empezaron a llamarle el «Ahijado de la muerte». Los muchachos de su edad le respetaban, incluso el hijo de don Enrique, compañero de juego suyo, que envidioso esgrimía siempre estas palabras:

—Soy el hijo del patrón y hago lo que quiero.

—Y yo el «Ahijado de la muerte» y has de obedecerme

—le replicaba el hijo de Dionisio, y terminaba haciéndose su voluntad.

Otra de las amistades que hizo Pedro — nombre de pila del «Ahijado de la muerte» — en aquellos sus primeros años, fué con Marina, hija también de don Enrique, que a más de buena amiga fué siempre la mayor admiradora de sus infantiles proezas.

Así, en medio de la felicidad que gozan todos los niños, transcurrió su infancia y

## UNOS AÑOS DESPUES

Al hacerse hombre, siguió el mismo camino que su padre y que todos los hombres del pueblo y entró al servicio de don Enrique del Castillo, demostrando bien pronto su gran condición de trabajador.

Más tarde, siendo aún mozo, fué nombrado caporal, y este cargo le granjeó, si cabe, más simpatías y cariños de los que ya gozaba. La principal causa de su éxito fué el tener contento a su patrón, haciendo que sus órdenes se cumplieran, y contentos a los trabajadores al conseguir con sus esfuerzos satisfacer muchas de las aspiraciones que jamás soñaron en alcanzar.

Otro motivo, aparte de la historia de la extraña madrina que tuvo, que contribuyó a su popularidad, fué el haberle dotado el Creador, además de su buena figura y su ya legendario valor, de una voz maravillosa que hacía las delicias de todos aquellos que tenían la fortuna de escucharla. Por los caminos, ya fuese conduciendo el ganado, ya inspeccionando los trabajos, solía cantar armoniosamente:

No te hagas remolona con tu querer.  
Dime que sí, no digas que no.  
Ya sabes que tu dueño  
no más soy yo...

. . . . .

\* \* \*

De esta forma transcurría plácidamente su existencia, hasta que cierto día, inesperadamente, falleció don Enrique. Ausente su hijo Julio, estudiando en la capital, tuvo Pedro que ocuparse personalmente de la marcha de la hacienda. Ni que decir tiene que esto contribuyó a mejorar notablemente la posición de los trabajadores.

Durante este tiempo tuvo, además, ocasión de intimar bastante con Marina y renovar así la antigua amistad que existió en la infancia de ambos. Y sin temor a equivocarse demasiado, se podría afirmar que fué desde entonces que la simpatía que unía a los dos jóvenes comenzó a convertirse en una pasión más fuerte: el amor.

Era Marina por completo opuesta al carácter de su padre y de todos sus antepasados. La bondad y la dulzura eran sus rasgos principales y unía a estas prendas morales su inefable belleza. Su pelo sedoso y castaño, contrastaba grandemente con el negro azabache de las demás mujeres mexicanas y la suavidad de sus facciones era la mejor joya para enguzar en ella las esmeraldas de sus ojos y los rubíes de sus labios. Su cuerpo, de graciosas y pronunciadas curvas, no ofendía ni al pudor ni a la castidad.

Desgraciadamente, esta posición — de rey junto a su reina —, no duró mucho; pues bien pronto anunció Julio que volvería de la ciudad para empuñar las riendas de la direc-

ción de la hacienda y para montar sobre el caballo que la muerte de su padre había dejado sin jinete.

El tiempo que había durado la administración de la hacienda por Pedro despertó un optimismo en los colonos y les hizo pensar que toda la vida duraría esa felicidad que gozaban, pero... ¡cuán equivocados estaban!

Llevados por este optimismo, decidieron tributar a su nuevo patrón un recibimiento apoteótico y, para celebrar su llegada, obsequiarle con una fiesta típica mexicana.

Así pues, el esperado día en que había de llegar Julio del Castillo, todos los trabajadores se congregaron en el inmenso patio de la residencia de la familia y a la cabeza de ellos Pedro y Marina. Mientras duraba la espera menudeaban los comentarios. Unos hacían cábalas de si el niño Julio habría crecido mucho o no; otros, si se parecía o dejaría de parecerse a su difunto padre. Aun hubo uno que maliciosamente comentó señalando a Pedro:

—Si el nuevo patrón se parece a la niña Marina, me parece que se van a llevar muy bien.

Todos rieron la ocurrencia, pero el que en aquellos momentos no se reía era el bueno de Dionisio que, dando nerviosamente vueltas a su sombrero, repasaba mentalmente la salutación que debía dirigir a Julio del Castillo en nombre de todos los colonos.

Al fin, entre los restallidos del látigo y el ensordecedor galope de los caballos, llegó la diligencia que conducía al nuevo patrón.

Todos los ojos se clavaron curiosos en la portezuela para ver cómo por ella descendía un joven estirado con un bigotito más ridículo aún que la expresión altiva de su cara. El joven, que no era otro que Julio del Castillo, se dirigió hacia su hermana y la abrazó. Después, al ver al «Ahijado de la muerte», le preguntó curioso:

—¿Tú eres Pedro, no?

—Sí, don Julio — contestó el aludido, sin poder evitar cierta sequedad en su voz.

—¡Pues venga un abrazo! — exclamó Julio, uniendo la acción a la palabra.

Tanto afecto, venido por parte de quien nunca sintió simpatía por él, extrañó a Pedro; no obstante, aceptó el abrazo de su antiguo compañero de juego.

En este momento entró en escena Dionisio quien, tartamudeando a causa de su nerviosismo, dirigió a Julio una salutación en nombre de todos los trabajadores y le anunció la fiesta que tenían preparada en su honor.

El nuevo patrón agradeció estas atenciones y se retiró a descansar.

• • •

No fué precisamente Pedro uno de los primeros en llegar a la fiesta, pero cuando acudió lo hizo montando en su soberbio caballo blanco y cantando a pleno pulmón una armoniosa canción:

Alegre porque canto...

. . . . .  
. . . . .

Con gran indignación del músico gordinflón que dirigía la desafinada banda del pueblo, la voz de Pedro acaparó la atención de los asistentes, que no tuvieron más oídos que para escucharle a él. No quiso tolerar el músico lo que consideraba una afrenta y, llevándose una trompeta a sus labios, dió unos cuantos resoplidos que hicieron brotar de ella unos sonidos estridentes. Comprendió Pedro en seguida que esto lo hacía para ahogar su voz y para demostrarle que na-

die podía más que él, siguió cantando y elevó más el tono de su canción predilecta, que tenía la marcialidad de un himno:

Soy ahijado de la muerte,  
que respeta mi dolor;  
la llorona me divierte

Ante el ímpetu arrollador con que cantaba Pedro, dióse el músico por vencido y como aceptación de su derrota hizo que la banda acompañara al «Ahijado de la muerte» en su canción.

Mientras continuaba cantando, Pedro se acercó a su padre y cariñosamente le arrebató de las manos la botella que tenía entre ellas, pues a causa de su edad avanzada y de su salud no muy buena, habíale prohibido el médico-dentista-peluquero del pueblo la bebida, aunque el buen viejo no parecía hacer mucho caso a esta prohibición.

El «Ahijado de la muerte» fué ofreciendo el contenido de la botella a algunos de los asistentes. Después, queriendo dar un poco de celos a Marina, para avivar aún más la llama de su amor, eligió a una linda mexicanita para bailar con ella y, cogiéndola del brazo, se dirigió hacia una de las improvisadas pistas de baile.

Caminando altanero con la cabeza erguida presumiendo de su pareja, no se dió cuenta cómo por detrás se le acercó una vieja espantosamente fea, quien, cambiándose una sonrisa significativa con la damita que llevaba a su brazo, fué a ocupar su lugar.

La sorpresa que experimentó Pedro cuando al ir a iniciar el baile se dió cuenta de la metamorfosis de su pareja, no tuvo límites, y la risa general con que todos los que le rodeaban acogieron su cara de estupor excedió de lo imagi-

nable. Al comprender la broma de que había sido objeto, en lugar de enfadarse, la aceptó con una franca carcajada y bailó toda la pieza con la horrible vieja.

Sirvióle, no obstante, un poco de escarmiento y decidió no dar más celos a Marina, por lo que, durante el resto de la fiesta, procuró no separarse de ella. Aunque esto no le hizo mucha gracia a Julio, quien no veía con buenos ojos la simpatía que existía entre su hermana y su caporal.

## RETORNO A LA ESCLAVITUD

Una de las primeras cosas de que se ocupó Julio del Castillo la hacerse cargo de la hacienda, fué repasar concienzudamente todos los libros de cuentas, midiendo y pesando bien todas las operaciones registradas en ellos. Esta labor dió como resultado un aviso que recibió Pedro para que se presentara urgentemente ante su patrón.

Acudió el «Ahijado de la muerte» presuroso y cuando penetró en el despacho de Julio lo halló paseándose nerviosamente de un lado a otro de la habitación; sobre la mesa, aun abiertos, estaban los libros.

—Buenas, patrón — saludó Pedro.

Sin responder siquiera al saludo, Julio fué directamente al grano.

—Oiga, Pedro — dijo señalando con su índice a los libros —, he repasado minuciosamente la contabilidad y he podido comprobar que todos los peones tienen contraídas deudas. ¿Cómo se explica eso?

—En todas las haciendas ocurre lo mismo — se justificó Pedro —. Las necesidades son muchas y como la paga es corta los peones se ven obligados a comprar a crédito.

—No me importa lo que ocurre en otras haciendas— replicó tajante el patrón—, pero desde ahora en adelante nadie comprará en ésta más mercancías que las que pueda pagar al contado. ¿Entendido?

—Está bueno, patrón; pero piense que...

Julio no le dejó continuar; interrumpiéndole, le dijo:

—¡Ah, se me olvidaba! Sobre todo, mano dura con la gente, hay que trabajar más, pues son pocos los beneficios que da esta hacienda, y ahora — terminó diciendo — puede retirarse.

Pedro no replicó nada, pero por la mirada que dirigió a su patrón antes de marcharse, comprendió éste que las órdenes que le había dado no fueron de su agrado.

Mientras duró toda esta conversación, Julio y Pedro no estuvieron solos: un tercer personaje, llamado Carmelo, estuvo presente.

Era el tal Carmelo uno de esos espíritus ramplones que, por desgracia, existen en todas partes; un perfecto esquirol que sólo veía un camino para ganarse la confianza de su patrón: la coba. Por eso, nada más marcharse Pedro, se acercó a Julio y le dijo:

—Tiene usted razón, don Julio, a los peones hay que tratarles duramente. Pero — añadió — me temo que ese Pedro sea incapaz de ello; es demasiado blando. Se necesita un caporal más enérgico.

Ya sólo le faltó ofrecerse él mismo para este cargo, pero esto hubiera sido el colmo.

• • •

Las consecuencias de las órdenes dadas por Julio las sufrieron bien pronto no sólo los peones, sino también los familiares de éstos. Más trabajo y menos comida, éste era en

definitiva el resultado de aquellas draconianas órdenes. Esto, como es natural, sembró el descontento general.

—Sólo nos dan lo justo para que no nos muramos — se lamentaban los pusilánimes.

—No somos hombres, ni tenemos calzones si no sabemos defendernos — arengaban los más valientes, incitando los ánimos a la rebelión.

Pero esta posibilidad, la posibilidad de romper las cadenas que les oprimían y que amenazaban con ahogarles, quedó bien pronto descartada. Cierta día, avisados por Julio, llegaron a la hacienda cincuenta federales armados hasta los dientes. Indudablemente, esta medida la había tomado Julio sospechando las intenciones de los trabajadores. ¿Cómo había llegado a sospecharla? Tal vez Carmelo podría contestar a esta pregunta.

Pedro, no pudiendo contenerse más, decidió hablar claro a su patrón y decirle todo lo que se merecía, salir en defensa de los derechos de los trabajadores que tan vilmente habían sido abolidos.

Cuando cruzaba el patio para dirigirse al despacho de su patrón, le salió al encuentro Marina, quien al ver desde la ventana la indignación con que marchaba, había acudido deseosa de saber la causa de su enfado.

—¿Sucede algo malo? — inquirió preocupada.

—Peor aun que malo, tu hermano ha hecho venir a los federales; ¡ésta es ya demasiada esclavitud!

—¿Y qué te propones hacer?

—Hablar con tu hermano y presentarle una queja en nombre de los trabajadores.

—Creo que sería contraproducente que fueses tú — razonó Marina—. Mi hermano no te tiene mucha simpatía. Deja este asunto en mis manos, yo intercederé por vosotros.

—Está bueno — asintió Pedro tras un momento de duda—. Tal vez sea mejor como tú dices.

Y con un saludo se despidieron.

Aprovechó Marina la primera oportunidad que tuvo

para hablar con su hermano y durante el almuerzo, mientras comían el uno frente al otro, le expuso con elocuentes razones la situación en que, con su forma de proceder, había colocado a los trabajadores. Evitando palabras que pudieran ofenderle, le dijo que su actitud era indigna y que debía cambiar con toda urgencia de conducta.

La calma con que su hermano había escuchado la suave amonestación no la hizo presagiar la cólera que estalló en él cuando hubo dicho la última palabra.

—¡Basta ya! —gritó dando un puñetazo en la mesa—. ¡Este no es asunto que incumba a mujeres! Me gustaría saber quién te ha metido esas estúpidas ideas en la cabeza — y añadió rápidamente, sin darle tiempo a prevenirse—. Seguramente Pedro, ¿verdad?

Cogida por sorpresa, Marina no supo encontrar una excusa y, como la viera vacilar, Julio la apremió furioso:

—¡Contesta! ¡Pronto!

Un débil «sí» surgió de los labios de Marina.

—Está bien. Ya enseñaré yo a ese estúpido a no meterse en lo que no le importa. Desde hoy trabajará de peón y, si es preciso, estimulado por el látigo — y añadió luego para sí —: ya buscaré otro caporal.

Ni que decir tiene que el cargo de caporal lo reservó para Carmelo.

• • •

No aceptó Pedro con resignación el atropello cometido por su patrón, pues no era hombre que supiera resignarse ante una injusticia. No obstante, decidió quedarse en la hacienda y no marcharse — cosa que su padre le aconsejó que

hiciera —, por si aun pudiera ser útil a sus compañeros. Y, efectivamente, no tardaría mucho en suceder así.

Estando ocupado en el modesto trabajo de limpiar unos corrales, fué sorprendido por la visita de Marina, quien venía a excusarse por el fracaso de su embajada. Ni siquiera la presencia de la mujer amada disipó la expresión de ira que brillaba en sus ojos, y al notarlo, Marina no pudo menos que exclamar:

—¿También estás enojado conmigo? — e hizo una amorosa protesta —. ¡Yo siempre te he tratado con cariño!

—Será con lástima — replicó con sorna Pedro.

La actitud tomada por el «Ahijado de la muerte» dejó un tanto corrida y desconcertada a Marina. Sin embargo, mujer comprensiva como era, supo hacerse cargo del estado de ánimo de su novio y se dispuso a protestar dulcemente por su actitud hacia ella; pero cuando iba a hacerlo sucedió algo que se lo impidió, pues tanto su atención como la de Pedro fueron atraídas por unos gritos que oyeron en la herrería, de la que se hallaban bastante cerca:

—¡Piedad! ¡No lo volveré a hacer! — decía una voz implorante, en la que Pedro reconoció a uno de los peones llamado José.

La voz que oyeron a continuación también fué reconocida por el «Ahijado de la muerte»: era la de Carmelo.

—Sinvergüenza — decía —, ya te enseñaré yo a no robar más.

—Perdón — suplicaba el infortunado José —, pero tenía hambre y no tuve más remedio que robar.

No necesitó oír más Pedro para entrar en acción. Saltando la cerca del corral, corrió hacia la herrería y, al penetrar en ella, le bastó una sola ojeada para comprender lo que iban a hacer con el pobre José.

Ayudado por otros dos esbirros más, Carmelo estaba atando a una de las columnas que sostenían el techo al dicho peón; mientras que, sobre el fuego y calentándose al

rojo vivo, se hallaba un hierro que servía para marcar a las reses, dispuesto a hundirse en la piel de su nueva víctima.

Aprovechando la ventaja de no haber sido visto, pues los verdugos estaban de espaldas a él, y antes de que pudieran sospechar su presencia, el «Ahijado de la muerte» se abalanzó sobre el hierro con velocidad meteórica y, descubriendo de un tirón en la camisa el costado de Carmelo, aplicó en él la ignea marca.

Con un grito de dolor, el caporal dió media vuelta y llevó su mano a la pistolera, dispuesto a castigar al osado que se había atrevido a marcarle; pero cuál no sería su sorpresa cuando notó que su revólver ya no estaba en su sitio y al ver que frente a él estaba Pedro apuntándole con su propia arma, que había tenido buen cuidado de coger con una mano mientras que con la otra le aplicaba el hierro.

—¡Canalla! — se desahogó Pedro insultándole — ¡Esto te costará caro!

Pedro no se inmutó por la amenaza, ni replicó a ella. Sólo dijo, dirigiéndose a José:

—¡Huye! En la puerta hay un caballo.

El peón no se lo hizo repetir y como alma que lleva el diablo echó a correr en dirección a la puerta.

Continuó el «Ahijado de la muerte» encañonando a Carmelo hasta que el ruido de las pisadas del caballo en que huía José se hubo extinguido. Después, mirando despectivamente al caporal, le devolvió al revólver y le dijo burlescamente:

—Cuidado no se te dispare.

Y le volvió la espalda para demostrarle que no le tenía miedo.

Apenas había dado unos pasos oyó cómo Carmelo amartillaba el gatillo, dispuesto a dispararle por la espalda. Rápidamente, a tiempo aún de evitar tan siniestro propósito, dió media vuelta y clavó su mirada hipnotizadora en el caporal,

quien, careciendo de valor para dispararle cara a cara, bajó el arma.

—Es inútil que intentes dispararme, ¿ignoras acaso que al «Ahijado de la muerte» no le hieren las balas? — le dijo Pedro.

Rabioso Carmelo por el valor y la serenidad de su adversario, lanzó una maldición y se guardó el revólver, diciéndole:

—Un tiro es poco para ti.

Y esto debió hacerle mucha gracia al «Ahijado de la muerte», porque nuevamente volviéndole la espalda, se alejó con una risotada.

## COGIDO EN LA TRAMPA

Bien pronto se enteró Julio de la fuga de José, con pelos y señales de lo ocurrido entre Pedro y Carmelo, y su cólera al ver cómo el «Ahijado de la muerte» se había reído de su caporal, le llevó a la determinación de imponerle un castigo ejemplar que sirviera a todos de escarmiento.

Aquella noche, durante la cena, comunicó a su hermana su decisión:

—Quiero que sepas, Marina, que he decidido castigar a ese maldito Pedro.

Antes de seguir adelante, Julio se detuvo para estudiar atentamente en el rostro de su hermana para ver qué impresión le había causado la noticia; sin embargo, Marina tuvo la suficiente presencia de ánimo para ocultar, con esfuerzo supremo, su nerviosismo. Julio, no queriendo darse por vencido, prosiguió en su ataque, pero arrastrando esta vez las sílabas con una lentitud enervante, como queriendo regodearse con el sufrimiento que sabía estaba ocasionando a su hermana.

—Pienso mandarle a las minas — prosiguió — para que trabaje con los presos, así aprenderá para la próxima.

A Marina le resultaba ya imposible seguir escuchando a su hermano y, levantándose de la silla, se disculpó:

—Perdona que me vaya, Julio, pero es que tengo jaqueca.

Julio, comprendiendo el verdadero motivo, sonrió al ver cómo se marchaba. Ahora que conocía el amor que el «Ahijado de la muerte» y su hermana se profesaban, se sentía más satisfecho de haber decidido separarlos enviando a su ex-caporal a las minas.

\* \* \*

También Dionisio tuvo noticia de lo ocurrido en la herrería y con ello el buen viejo recibió, a la vez, una alegría y una preocupación: la alegría nacida de la satisfacción de comprobar, una vez más, el inusitado valor de su hijo; la preocupación, nacida de la experiencia, que le decía que el reptil de Carmelo no cejaría hasta vengarse de Pedro.

Estaba confesando este temor a su hijo, cuando unos golpes que desde fuera dieron en la puerta del cuchitril en que habitaban, vinieron a interrumpirle. Extrañado de que llamaran a tan altas horas de la noche, tomaron la precaución de echar mano a las armas antes de abrir, aunque al hacerlo pudieron comprobar que su temor había sido infundado, pues la visita no era otra que la azafata de Marina que traía un recado para Pedro.

—La «niña» Marina — le dijo después de saludar — quiere verte, pues se ha enterado que van a llevarte a las minas...

—¿Adónde? — interrumpió Pedro a quien cogió de nuevas la noticia.

—Sí, a las minas — repitió la azafata y explicó — en castigo por lo que le hiciste a Carmelo.

Pedro masculló una imprecación, pero en seguida se serenó y la dijo:

—Está bueno, vete y advierte a la «niña» Marina que «boritas» mismo iré a verla.

La azafata, cumplido ya su cometido, se despidió y se marchó. Al salir, de no haber sido la noche tan oscura, hubiese podido ver una sombra que, pegada junto a la ventana, había estado observando y oyendo lo que en la habitación ocurría.

Cuando se quedaron nuevamente solos, Dimisio preguntó a su hijo visiblemente preocupado:

—¿Y ahora, Pedro, qué es lo que piensas hacer?

—Ya lo tengo resuelto, «jefe» — le contestó el «Ahijado de la muerte» —. Iré a ver a Marina y trataré de convencerla para que se venga conmigo. Si está de acuerdo, huirémos los dos juntos.

—No me parece mal, pero mira bien donde pisas y ten cuidado con Carmelo.

—No se preocupe, viejo — respondió Pedro —, que «pa» uno que madruga hay otro que no se acuesta.

Y dicho esto se despidió de su padre y, ajustándose bien las pistoleras cogió el camino, y se marchó.

En la misma dirección que él caminaba y con unos cuantos minutos de ventaja marchaba un hombre que poco antes había estado haciendo una cosa indigna: espiar por una ventana. Ese hombre era Carmelo, y gracias a él no tardaría Julio en enterarse que su hermana recibiría visita aquella noche.

Mientras tanto Marina esperaba impaciente en su habitación la llegada de Pedro. Una y otra vez se asomaba al balcón con la esperanza de ver a su novio saltando la tapia. Estando en esta espera fué sorprendida por una llamada brusca en su puerta.

—¿Quién es? — preguntó un poco excitada, pues Pedro

estaba al llegar y no era cosa de que alguien viniera a echarlo todo a rodar.

—Soy yo— respondió desde fuera la voz petulante de Julio—. ¡Abreme!

Marina obedeció, buscando, mientras abría, una excusa para alejarle sin que sospechara nada; pero esto era ya imposible, Julio estaba ya en antecedentes de todo, gracias al chivatazo del caporal. Por esta razón la entrada en la habitación de su hermana la hizo con ánimo triunfante, exteriorizado en un gesto de superioridad que hacía mucho más antipática su odiosa presencia.

—¿Aún no estás acostada?— preguntó con extrañeza fingiendo no saber nada, y añadió: —Es ya bastante tarde.

Marina se disculpó:

—En este momento me iba a acostar.

Julio, sin hacer caso a las palabras de su hermana, señaló hacia el balcón y la preguntó:

—¿Piensas dormir con el balcón abierto?— y añadió, con intención: —Podría entrar algún ladrón; por ejemplo... «El Ahijado de la muerte».

Al decir estas palabras Julio miró atentamente a su hermana para ver la impresión que en su ánimo producían y aunque Marina trató de eludir la mirada, no logró ocultar a su hermano la emoción que su rostro reflejaba y al notarlo éste comenzó a increparla duramente:

—Es inútil que pretendas engañarme, Marina —le dijo con gesto amenazador—. Lo sé todo— y cambiando el tono de sus palabras prosiguió, sardónico: —Pero no te preocupes, he preparado a tu visita un magnífico recibimiento.

Marina se echó a temblar. Quiso implorar piedad a su hermano, pero éste la contuvo con su gesto y sus palabras.

—Será mejor que obedezcas —la dijo—, sal al balcón y cuando le veas venir hazle una seña para que suba. Acuérdate que tengo un hombre armado detrás de cada árbol con la orden de disparar sobre él si se te ocurre gritar.

Ante esta amenaza, Marina obedeció y con pasos de autó-mata se dirigió hacia el balcón.

Aunque su corazón marchaba muy aprisa pocos latidos hubo de dar mientras esperaba la aparición de Pedro, pues segundos después de asomarse su silueta se recortó entre las brumas de la noche escalando las tapias. Por un momento el «Ahijado de la muerte» se detuvo esperando una señal de Marina para seguir adelante y al ver cómo ésta enarbolaba un pañuelo, creyó libre el camino y se dirigió, cruzando el patio, hasta los pies del balcón, comenzando a trepar por las enredaderas para poder llegar hasta su amada.

Julio, que ya tenía pensado su plan, ordenó a su hermana que entrara en la habitación y avisando a dos secuaces que tenía preparados en el pasillo, los hizo pasar y se colocó con ellos a los lados del balcón dispuestos a saltar sobre Pedro en cuanto asomara la cabeza.

Si bien trazado estaba el plan, mejor aún resultó en la práctica, pues ajeno a toda sospecha como el «Ahijado de la muerte» estaba, hizo su entrada en la habitación desprevenido y dirigiendo un saludo afectuoso a su novia:

—Hola, Mari...

El fuerte culatazo que le propinó Julio en la nuca le impidió continuar y le hizo caer desplomado al suelo.

Cuando intentó levantarse para defenderse de la inesperada agresión, los secuaces de Julio se abalanzaron sobre él y le sujetaron. Fue entonces cuando las ideas de Pedro volvieron a su cerebro, que había permanecido unos segundos inconsciente, y al ver juntos a los dos hermanos acudió a sus mientes un pensamiento que aunque en un principio le repugnara acabó por aceptarlo por bueno y lo exteriorizó con palabras:

—¡Qué bien se entienden los hermanitos! — dijo, mirándolos con desprecio.

Marina sintió que su corazón se estremecía de la congoja que le producían estas palabras dichas por los labios de su amada, pero comprendió que las apariencias la condenaban.

¿Pues cómo podría explicarse de otra forma Pedro la presencia de Julio en la habitación después de haberle indicado ella con su seña que entrara tranquilo, de no ser suponiendo una inteligencia entre los dos hermanos?

Aumentó su dolor cuando vió como a empujones y de mala manera se llevaban al «Ahijado de la muerte», pues, conociendo el carácter de su hermano, sabía que nada bueno le esperaba.

Quiso correr tras ellos y jurar a su novio que ella era inocente, interceder por él, conseguir su libertad... pero nada de eso le permitió hacer Julio, ya que después de obligarla a permanecer en la habitación la encerró en ella. Por unos instantes Marina estuvo golpeando la puerta para que la abrieran, pero viendo que nada conseguía, terminó dejándose caer sobre la cama y ahogando sus sollozos con la almohada.

Mientras tanto, Pedro era conducido hasta la herrería donde le aguardaba, calentándose sobre las ascuas, una maza de hierro en forma de castillo de cuyo mordisco nadie le libraría.

Los que sujetaban a Pedro, no demostraron irritarse demasiado por la resistencia que ofreció cuando intentaron atarle a una de las columnas; seguramente debieron considerar que mientras más se retrasase el momento, más se calentaría el hierro. Y, efectivamente, así fué. Cuando Julio lo cogió para incrustárselo en el pecho al «Ahijado de la muerte», ya estaba al rojo vivo, aunque no por eso brillaba tanto como los ojos del patrón y su caporal — este último también presente — al ver cómo iban a satisfacerse sus criminales instintos.

El gesto de indiferencia con que el «Ahijado de la muerte» contempló los preparativos de su martirio, una vez que fué atado, se trocó en una mueca de espantoso dolor cuando sintió el mordisco del fuego sobre su corazón, pero a pesar de este sufrimiento no profirieron sus labios la menor queja.

Al retirar el hierro de su pecho, Julio le dijo, con gesto satisfecho:

—Así aprenderás a no poner los ojos tan altos.

—¡Dirá usted tan bajos! —replicó la voz de Pedro como un trallazo.

Y el patrón, indignado por esta súplica, le cruzó la cara de una bofetada. El «Ahijado de la muerte» no pudiendo contestar con la misma arma, pues tenía las manos atadas todavía, le escupió en pleno rostro.

Semejante afrenta hizo que Julio llegara al colmo de la rabia y ordenase tajante:

—¡Llévadle a los sótanos!

La orden fué cumplida en el acto y, sin miramiento alguno, condujeron a Pedro hasta las lóbregas mazmorras lanzándole, de un empujón, a una de ellas.

El «Ahijado de la muerte» se incorporó en seguida y furioso se lanzó contra la puerta con ánimo de derribarla, pero fueron vanos sus esfuerzos: la puerta estaba construída para aguantar la acometida de cien prisioneros más.

Cuando se hubo serenado un poco y sus ojos se acostumbraron a la obscuridad reinante, Pedro inició un reconocimiento del lugar en que había sido encerrado. A tientas, tropezando con pegajosas y repugnantes telarañas, dió unos pasos para dirigirse hacia una claraboya por la que se filtraban algunos rayos lunares, pero nada más avanzar unos metros sus pies tropezaron con un esqueleto.

Fué entonces cuando comprendió el terrible significado de la orden de su encarcelamiento dada por Julio: había sido conducido a los sótanos para que allí muriera de hambre y de sed, como tal vez había muerto el pobre desgraciado a quien perteneció el esqueleto que ahora yacía a sus pies.

Sin embargo, esta idea no le aterró, pues confiaba, antes de morir de inanición, en encontrar un plan para fugarse. Y con este pensamiento tranquilizador reanudó su interrumpido

pida exploración... pero aún le estaba reservado un nuevo descubrimiento que le dejaría anonadado.

Al llegar cerca de los rayos de luna que penetraban por la claraboya, pudo ver, trepando por la pared, hasta media docena de venenosos escorpiones.

Entonces se dió cuenta Pedro que no tendría tiempo para morir de hambre: los fatídicos escorpiones, con su mortal mordedura, se encargarían de quitarle la vida antes. ¡Estaba, pues, irremisiblemente perdido!



La fiesta fué dedicada a Marina.



—¡Una madrina poderosa, una madrina!



—No se preocupe, viejo,  
que para uno que madruga  
hay otro que no se acuesta.



Le fué puesta la marca  
del castillo al infame Cat-  
melo.



—¡Qué bien se entienden los dos hermanitos!



El nuevo patrón agradeció todas las atenciones!



Ambos adversarios se clavaron mutuamente las miradas.



La orden fue cumplida en el acto.



—¿Puedo jugar en esta partida?



Se pusieron en marcha al objeto de rescatar a su novia.



Y Pedro repuso sus perdidas fuerzas con algunas viandas.



El jinete seguía acercándose...



Fue conducida, amarrada, en brazos de Pedro hasta las ruinas del convento.



—Si la señora no se encuentra a gusto, la ofreceré un confortable sótano con escorpiones.



—¿Qué, es parece guapa  
mi prometida?



—Pedro, querido Pedro!

## LA FUGA

Obsesionado como estaba por la idea de que Carmelo buscaba con afán la ocasión para satisfacer su venganza, preocupó a Dionisio la tardanza de su hijo y, dispuesto a enterarse de lo que podía haberle sucedido, salió de su casa y montó en el caballo blanco de Pedro para que se le hiciera más corto el camino.

Pensó que si sus temores eran ciertos y su hijo había caído en las garras de Julio, convenía obrar con rapidez; pues, sabiendo cómo se las gastaban los miembros de la familia de Castillo, de los que en sus muchos años había llegado a conocer a tres generaciones, se estremecía con sólo pensar que hubieran podido enviarle a los sótanos que con triste fama alcanzaron en vida del abuelo de su actual patrón.

Esta preocupación le hizo encaminarse, una vez que hubo tomado la precaución de trabar el caballo en uno de los árboles próximos, a las tapias de la residencia de los del Castillo, y escaló con gran sigilo las mismas hacia las claraboyas por las que, muchos años atrás, valieron tantos gemidos.



Mientras tanto, Pedro, resignado a su muerte, se había sentado en el suelo esperando que uno de los miserables escorpiones quisiera ser su verdugo, librándole así del dolor que en su alma le acusó lo que él había tomado como traición de su amada.

Estando en esta tortura fué sorprendido por la voz de su padre que, desde la claraboya, le llamó quedamente:

—Pedro, Pedro.

El «Ahijado de la muerte», levantándose como accionado por un resorte, corrió hacia donde había oído la voz y cuando vió a su padre su corazón se llenó de gozo, olvidándose por un momento de su difícil situación. Dionisio le volvió a la realidad.

—Ahí tienes un revólver, *chamaco* — le dijo arrojándole el arma por entre los barrotes—. Abrete camino. Yo te esperaré al otro lado de la tapia con tu caballo.

El «Ahijado de la muerte», cuyas probabilidades de salvación en un solo instante habían pasado de cero a infinitas, se dirigió pistola en mano, hacia la puerta y de dos certeros disparos hizo saltar la cerradura.

El ruido que produjeron las detonaciones fué la causa de que se despertara el centinela que, confiando en la solidez de la cerradura, se había quedado dormido, y que con rapidez que no mermó su adormilamiento se echara el fusil al hombro.

Dos detonaciones, salidas la una del revólver de Pedro y la otra del fusil del centinela, se dejaron oír al mismo tiempo. El centinela rodó por los suelos, Pedro permaneció en pie ileso y maravillado: acababa de ver cómo, casi a que-

marropa, disparaban sobre él y no acertaba a comprender por qué no le habían herido. Inclino su cabeza mirándose el cuerpo, tratando de encontrar la causa de su invulnerabilidad, y cual no sería su asombro cuando comprobó que su vida había sido salvada gracias a aquella hebilla de su cinturón que desvió la bala.

Repuesto en seguida de su maravilla, huyó presuroso, de tal forma que, cuando, alarmadas por las detonaciones, llegaron unos cuantos secuaces de Julio, precedidos por Carmelo, sólo pudieron ver al centinela tendido en el suelo, gravemente herido.

Carmelo, sin guardar consideración alguna con él, le agarró por los hombros y zarandeándole le preguntó:

—¿Qué ha sucedido? ¿Dónde está Pedro?

—Huyó — respondió débilmente el herido.

—¡Imbécil! —le insultó el caporal—. Deberías haber disparado contra él.

—Sí... lo hice —dijo el centinela haciendo un esfuerzo para hilvanar sus palabras—, pero al «Ahijado de la Muerte» no le hieren las balas.

Esta contestación sacó de quicio a Carmelo, quien, dejando caer al herido, rugió:

—Ahora veremos si es usted —y dirigiéndose a los hombres que estaban tras él, ordenó—: ¡A por él! ¡No hay que dejarle escapar!

Corrieron, buscaron, dispararon mil tiros, pero les resultó imposible dar caza al «Ahijado de la Muerte», quien, galopando con su veloz caballo, estaba ya muy lejos, camino de un pueblecito de las montañas, donde su padre, en la breve despedida que tuvieron mientras montaba en su corcel, le aconsejó que fuera.

\* \* \*

—Es un pueblo donde no te harán ninguna pregunta —le había dicho; y, sin embargo, nada más penetrar en la taberna de aquella aldea, a la que llegó tras una larga cabalgata, un tipo, con trazas de matón, que estaba apoyado en el mostrador, le preguntó con curiosa impertinencia:

—¿Viene de lejos?

El «Ahijado de la Muerte» miró de arriba a abajo al que le había dirigido la pregunta, y le contestó con sorna para darle a entender que se había metido en lo que no le importaba:

—Sí, *vengo de allá.*

El que parecía un matón —y parecía lo que era—, con la alegría característica de quien ha bebido algo más de la cuenta, exclamó:

—¡Me gustan los gallos como usted! Ande y bébase un trago.

Pedro rechazó el trago que, obedeciendo la orden del bravucón, le sirvió el tabernero.

—Gracias — dijo —, sólo bebo cuando estoy entre amigos.

Estas palabras del «Ahijado de la Muerte» irritaron al matón, quien repitió la invitación con un tono de voz que más parecía una orden:

—¡Que se me hace que se lo tome!

Cansado Pedro por tanta insistencia, cogió el vaso y arrojó su contenido a la cara del pelmazo. Una fracción de segundo después dos hombres se encañonaban con sus pistolas.

Todos los circunstantes, atemorizados, buscaron algún refugio por si alguna bala se perdía; pero la precaución era innecesaria. Lo que allí se desarrolló no fué un duelo de

pistolas, sino de miradas. Ambos adversarios se clavaron mutuamente los ojos sin atreverse a apretar el gatillo. Por fin, la hipnotizadora mirada del «Ahijado de la Muerte» pareció dominar y el matón, guardándose el arma, murmuró una justificación a su cobardía:

—Está bueno, no hay que enfadarse por tan poca cosa.

Sin hacer caso a estas palabras y sin dar importancia a lo ocurrido, el «Ahijado de la Muerte» se dirigió a un grupo que, sentado alrededor de una mesa, jugaba a los naipes, con ánimo de tomar parte en el juego y ganarse unos pesos para pagarse una buena comida, que le aplacaría el hambre atrasada que tenía.

Cuál no sería su sorpresa cuando reconoció en uno de los jugadores a José—el peón a quien no hacía mucho tiempo había salvado de las garras de Carmelo—, quien, al verle, se levantó para abrazarle, un poco por la alegría de ver a un antiguo amigo y otro poco por la admiración que le produjo haber visto, pocos instantes antes, cómo se había enfrentado con el hombre más temido de la aldea.

Después de haberse unido en un fervoroso abrazo, Pedro, dirigiéndose al que parecía el mandamás del grupo, le preguntó:

—¿Puede jugar?

—Si tiene con qué—fué la lacónica respuesta de su interlocutor.

El «Ahijado de la Muerte» extrajo su revólver de la funda y, al paso que lo depositaba sobre la mesa, dijo:

—¿Sirve eso?

Mendoza, que así se llamaba el jefe en cuestión, cogió el revólver para calcular su valor. Se fijó en sus primorosos dibujos, en sus cachas de nácar y, al dar la vuelta al tambor, vió con sorpresa que todas las balas tenían el pistón machacado, y esto le obligó a decir a Pedro:

—Parece ser que estuvo tirando al blanco.

—Cinco tiros no más—respondió.

Y esta respuesta dejó sin habla a Mendoza, pues acababa de ver cómo se confirmaba una sospecha que tuvo al ver las balas ya disparadas, y esa sospecha era que el «Ahijado de la Muerte» *se había enfrentado con un peligroso adversario, sabiendo que su revólver estaba descargado y que, por tanto, no podía disparar contra él.*

Cuando se hubo repuesto del asombro que le produjo el ver el desprecio que Pedro sentía por la vida, le dijo entusiasmado:

—¡Hombres como usted son los que yo necesito!

—Lo siento, pero *trabajé solo* —respondió el «Ahijado de la Muerte», declinando la oferta que Mendoza le había dado a entender con sus palabras.

José, que había estado observando en silencio, al llegar a este punto intervino:

—Vaya, Pedro —dijo—. Creí que te era antipático Don Julio.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Pedro, a quien la mención del odiado nombre había despertado su interés.

—Nada —contestó José como queriendo quitar importancia a lo que iba a decir—. Es que esta noche pensamos asaltar la diligencia en donde lleva su dinero al Banco de la ciudad.

Por los ojos del «Ahijado de la Muerte» brilló el fuego de la justa venganza que tanto apetecía. Y, en señal de aceptación, tendió su mano, primero para estrechar la de José, después para estrechar la de Mendoza, al paso que decía:

—Trato hecho; contra ese gallo sí que quiero pelear.

Y como con esas palabras acababa de ingresar en la banda, Mendoza le presentó a todos sus miembros, que no eran otros que los que estaban sentados alrededor de la mesa, naipes en mano.

—A José ya lo conoces; ése —dijo, señalando a un hombre gigantesco con cara de león—, es el *Chueco*; ese otro —añadió— es *Santos el Triste*; ese *cuchorro*, mi brazo de-

recho; aquél es *Coyote*, y ese último es *Matacero*, el más valiente de todos.

Y al decir estas palabras brotó una carcajada general, pues lo cierto es que *Matacero* equivocó su camino al hacerse bandolero, porque, por temperamento, era en extremo miedoso y su mote se debía a que sus pistolas jamás hicieron blanco por temblarle demasiado el pulso al disparar. Y si pertenecía a la banda era debido a que su ciencia culinaria alcanzaba tal grado de perfección que le bastaba un poco de agua y un poco de sal para hacer un caldo que hiciera las delicias de los estómagos de sus compañeros.

Después de la presentación, brindaron, rieron y cantaron a coro, hasta que la voz del «Ahijado de la Muerte» hizo que todos se callaran para escuchar embelesados unas estrofas que salieron de su alma dolorida, inspiradas en el recuerdo de *Marina* y en la traición que él había sufrido.

No sé por qué vinimos a esta vida.  
No sé por qué vinimos a esta vida,  
a llorar y a sufrirla.  
Y eso es verdad que aquí todo se olvida.

.....

No sé por qué me puso Dios el alma,  
Si por mi mal yo quise a una mujer.

.....

Todos aplaudieron entusiasmados cuando hubo concluido la canción y, así, en medio del general entusiasmo, prosiguió la música, el copeo y el recopeo y empezó, para alegría de Pedro, que desde hacía muchas horas que no probaba bocado, la comida.

\* \* \*

El asalto a la diligencia que conducía el dinero de Julio fué un juego de niños para unos bandoleros que a su veterania había unido el arrojo y el valor de un nuevo compañero como el «Ahijado de la Muerte».

Una vez dado el golpe con buena fortuna, se reunieron en las ruinas de un antiguo convento, en las que tenían instalada su guarida, para repartir el abundante botín.

Mientras Mendoza distribuía lo robado, rodeado por las miradas relucientes de los bandoleros, y las monedas de oro tintineaban formando montoncitos, Pedro, algo alejado del grupo, parecía ajeno a todo ello. Y, efectivamente, así era. Su pensamiento estaba lejos, muy lejos. Exactamente en el mismo lugar en que, poco tiempo atrás, había recibido un culatazo en la nuca.

José, que notó el gesto de dolor de su antiguo caporal, se fué hacia él con la intención de disipar su tristeza.

—¿No te alegras por nuestro éxito?—le preguntó cuando estuvo a su lado—. Golpes como éste no se dan todos los días.

—No pensaba en eso, sino en otra cosa—contestó Pedro.

—Ya me lo figuraba. ¿Pero qué es lo que te produce tanta melancolía?

—Pensar en la traición que me ha hecho Marina —y al mencionar el nombre antes amado, prorrumpió en una serie de exclamaciones de odio—: ¡Maldita sea! ¡Ya me vengaré de ella y de su orgulloso hermano!...

Su sarta de imprecaciones fué interrumpida por la voz de Mendoza que le llamó:

—Pedro, ¿es que no piensas venir a recoger tu parte en el botín?

El «Ahijado de la Muerte» se dirigió, sin demasiado interés, a recoger el montón de monedas que le correspondía y, al pasar junto a *Matacero*, le sorprendió verle encendiendo una vela; no pudiendo aguantar su curiosidad, le preguntó:

—¿A qué viene esa candela?

—La enciendo —contestó el ahudido— por el alma de *los que hemos «petateado»* (1).

—¿De *los que hemos?* —dijo Pedro fingiendo enfado, pero, en realidad, asombrado por la desfachatez con que mentía *Matacero*, quien durante el asalto a la diligencia tuvo buen cuidado de ponerse a cubierto de las balas.

—Bueno, no te pongas así —balbuceó asustado el bandolero de pega—, no es por *los que hemos*, sino *los que habéis «petateado»*.

Rió de buena gana Pedro ante esta nueva demostración de timidez del pobre *Matacero*, pero aunque su carcajada fué franca y alegre, no consiguió desvanecer su melancolía, melancolía que no pasó desapercibida para Mendoza, quien le preguntó:

—¿Pero, *mano*, a qué viene esa cara de pena?

José se adelantó al «Ahijado de la Muerte» y contestó por él:

—Unas faldas tienen la culpa.

—¿Unas faldas? —inquirió Mendoza asombrado—. Y por una mujer tanta tristeza. ¡Ay, *chanquito!* ¿Pero qué clase de bandolero eres que no sabes raptar a la mujer que amas para traértela aquí contigo? —terminó en guasa.

---

(1) Expresión mexicana equivalente a la muestra de «los que hemos liquidado». Úsase a veces, como el lector podrá ver más adelante, «irse a petatear», que equivale a morir.

\* \* \*

Aunque Mendoza interpretó mal la tristeza del «Ahijado de la muerte», al suponerla debida al amor, en lugar de al odio, como en realidad era, el consejo que le dió de que la raptara proporcionó a éste una idea para satisfacer su sed de venganza.

Sí, la robaría y cuando fuera su prisionera la obligaría a casarse con él; después, la abandonaría.

Pensó en seguida un plan para cumplir su objetivo y rápidamente lo puso en marcha. Acompañado por José, se dirigió hacia su aldea, no sin antes haber pasado por el lugar en el que, hacía pocos momentos, habían asaltado a la diligencia. Una vez allí recogieron uno de los cadáveres de los conductores y, cargando sobre un caballo que llevaron para ese efecto, tomaron el camino de la aldea.

## EL RAPTO DE MARINA

Aquella festividad de los difuntos, como en años anteriores, todos los trabajadores de la «Hacienda del Castillo» y sus familiares, e incluso el propio patrón, acompañado de su hermana, se fueron a pasar el día a el cementerio.

Julio, según él mismo reconocía, era poco amigo de las costumbres piadosas y, por ello, se quedó rezagado en las puertas del camposanto, en tanto que Marina se dirigía al panteón de su familia para rezar por quienes tanto necesitaban sus oraciones.

Casualmente se cruzó en su camino con Dionisio y al verlo su corazón comenzó a latir apresuradamente, pues este encuentro la hizo acordarse de Pedro, al que seguramente no volvería a ver más, y quien, por una fatal y dolorosa equivocación, tan mal pensaba en ella. No trató, a pesar de estos tristes pensamientos, de sollozar a Dionisio, sino, por el contrario, sintiendo una gran simpatía por el viejo, se acercó a él.

—¿Cómo le va, Dionisio? — le preguntó cariñosa cuando estuvieron cerca.

—Ya ve, niña Marina, Muy solo y muy triste desde que Pedro se marchó.

Hubiera querido contestarle Marina que lo mismo la sucedía a ella, pero cerca de allí rondaba Carmelo y si llegaba por casualidad a oírsele, con toda seguridad iría con el cuento a Julio.

Dionisio comprendió por qué callaba Marina, y murmurando unas palabras de excusa, se despidió de ella, y se marchó para dirigirse a la tumba de su padre.

Pocas horas después, cuando las primeras sombras de la noche empezaron a invadir el cementerio, la gente comenzó a abandonar el santo recinto.

Julio, viendo que su hermana se retrasaba en salir, decidió entrar a buscarla y, justamente al penetrar en el cementerio, oyó, con asombro, como la gente gritaba:

—¡Mirad quién viene!

—¡Es el «Ahijado de la muerte».

Y señalaban a un jinete que, sobre el caballo blanco que todos bien conocían, se acercaba, despacio y majestuoso, en dirección al cementerio.

Julio no dudó un instante, a la distancia que el «Ahijado de la muerte» estaba no le resultaría difícil, a pesar de la obscuridad reinante, hacer blanco, y por ello sacó su revólver y comenzó a disparar; primero, despacio, para no errar la puntería, pero, después, viendo que sus balas no conseguían impedir el avance lento e impresionante de su enemigo, se puso nervioso y apretando rápidamente el gatillo, vació su revólver.

Pero, fué en vano. El jinete seguía acercándose.

Creía volverse loco de terror mientras nerviosamente cargaba de nuevo su revólver, cuando en su ayuda llegó Carmelo.

Otros cinco disparos se clavaron contra el invulnerable cuerpo del «Ahijado de la muerte», que seguía avanzando... avanzando.

Avanzando, hasta que con su proximidad se descubrió el

truco que la distancia y la oscuridad habían ocultado. Y el truco en cuestión consistía en que quien montaban sobre el caballo del «Ahijado de la muerte» no era su dueño, sino uno de los infortunados conductores de la diligencia a quien no pudieron matar los tiros de Julio y Carmelo, porque ya estaba bien muerto, pero que muerto y todo, gracias a la habilidad con que Pedro supo atarle a la montura del caballo, había servido para atraer la atención general, mientras el «Ahijado de la muerte» cumplía el objetivo que le llevó al pueblo.

Julio, doblemente indignado, por la burla de que había sido objeto y por haberse dado cuenta que habían asaltado a la diligencia, al reconocer en el jinete muerto a uno de sus conductores, no tardó en comprender que aquel truco había servido de pantalla para alguna fechoría del «Ahijado de la muerte», y súbitamente, acordándose de su hermana, creyó comprender el propósito de su ex-caporal.

Rápidamente, tratando de ser más veloz que su enemigo, se lanzó en busca de Marina, pero por más que recorrió el cementerio en todas las direcciones, no la pudo encontrar.

Recordó Carmelo, en medio de la rabia que le consumía al ver que una vez más el «Ahijado de la muerte» se había reído de ellos, que la última vez que vio a Marina fué en compañía de Dionisio y así se lo dijo a su patrón.

Ni que decir tiene que fueron en seguida en su busca, suponiéndole cómplice del rapto de Marina. Lo hallaron junto a la tumba de su padre y, encañonándole con sus pistolas, le dijeron amenazadoramente:

—Díganos dónde está Marina, si no quiere que le perforremos la pelleja.

El buen viejo se molestó por la insolencia con que le hablaron y, sin saber siquiera a qué razón obedecía, pues atento y fervoroso en sus oraciones no había oído los disparos, pensando que si su hijo estuviera allí presente no se atrevían a amenazarle de ese modo, les dijo:

— ¡Pero qué valientes están los conejos, cuando el cazador anda lejos!

Julio y Carmelo oyeron rabiosos estas palabras que les acusaban de cobardes y resolvieron a apremiarles con sus preguntas.

Comprendió Dionisio que sus minutos estaban contados, pues no pudiendo contestar a la pregunta, serían capaces de matarle y, mexicano valiente como era, decidió morir matando.

— Como ya sé que me tengo que ir a *petatear* — dijo —, mejor me llevo uno por delante.

Y uniendo la acción a la palabra se llevó la mano a su pistola, pero teniendo los otros la ventaja de estar pistola en mano, dispararon antes sobre él y el buen Dionisio cayó sobre la tumba de su padre con su noble corazón atravesado por las balas.

Sin sentimentalismos de ninguna clase dejaron al pobre Dionisio muerto y se marcharon apresuradamente del cementerio para organizar la persecución del «Ahijado de la muerte».

• • •

La llegada de Pedro y José a las ruinas del convento, conduciendo a Marina prisionera, fué acogida con entusiasmo por los bandoleros, que en un primer momento quedaron mudos de asombro al contemplar la incomparable belleza de aquella mujer; belleza que, a pesar del sufrimiento que denotaba en su rostro semioculto por una mordaza, se conservaba en todo su esplendor.

Rompió el silencio el «Ahijado de la Muerte», que de

un brusco empujón obligó a Marina a que avanzara para que la vieran bien los bandoleros, al paso que decía:

—Bueno, *changos*, ¿qué os parece?

—¡Estupenda! — exclamaron todos a coro.

—Ya lo veis, es guapa — dijo Pedro y añadió con sorna: —y, además, está loquita por mí.

Estas palabras hicieron que aumentara el sufrimiento de Marina, que desde que fue raptada por Pedro, ardía en deseos de que su amado le diera ocasión para explicarle lo ocurrido, haciéndole que abandonara esos deseos de venganza que no tenían razón de ser.

—¿Dónde la encontraste? — preguntó Mendoza que quería enterarse de los pormenores del rapto, para satisfacer su curiosidad de bandolero.

—En el cementerio — respondió el «Ahijado de la Muerte».

—¿En el cementerio? — preguntó Mendoza asombrado, y añadió burlón —: ¡Pues no parece que sea un esqueleto!

Todos celebraron con una risotada la frase de su jefe. Y hasta «Santos el Triste», que debía su apodo a su carácter melancólico, bromeó:

—¿Pues si la muerte es así, que me lleve cuanto antes!

Pedro, viendo sufrir a Marina, sentía cómo iba aplacándose su sed de venganza; pero, queriéndola humillar, dijo irónicamente a sus compañeros:

—Perdonad que nos ausentemos, pero es que quiero enseñar a la señora sus habitaciones particulares.

Y obligándola a caminar a empujones, la condujo a una habitación sucia y asquerosa que milagrosamente conservaba sus muros en pie.

Una vez en ella, Pedro le quitó la mordaza y la dijo, haciendo una reverencia burlona:

—Si la señora no se encuentra a gusto, podemos ofrecerle un confortable sótano con escorpiones.

—Pedro... Pedro... — suplicó Marina con lágrimas en los ojos —, escuchame.

—¡Ah, se me olvidaba! — la interrumpió el «Ahijado de la Muerte» —. Mañana tendremos boda... sí, una boda con flores. ¡Mañana será nuestro casorio! — terminó orgulloso, viendo que la última parte de su venganza estaba próxima a cumplirse.

Y dicho esto se marchó, sin hacer caso de las protestas de Marina, para anunciar a sus compañeros su propósito, pero antes colocó un enorme cascote en la puerta para impedir que su odiada prometida se escapase.

—¡Amigos! — les dijo a los bandoleros cuando llegó junto a ellos —, mañana me caso.

—¿Estás loco? — dijo «Coyote» —. No vayas a hacer lo que yo, que primero quise el queso y después me costó mucho trabajo salir de la ratonera.

Los que conocían la historia del «Coyote» se rieron, pues el que éste se hiciera bandolero y abandonara su hogar fué debido a que la mujer con quien se casó era demasiado enérgica y solía llevarle de una oreja a su casa cuando se lo encontraba por las tabernas.

Dominada la risa, Mendoza propuso que organizaran una fiesta para celebrar la noticia de la boda.

—¿Qué os parece si cantásemos y bebiésemos un poco para celebrarlo? — dijo —. La noche está fría y así lo pasaremos mejor.

Todos acogieron con júbilo esta idea, avivaron el fuego de la hoguera que tenían encendida y Pedro fué en busca de Marina, para que tomase parte en la fiesta.

Como es lógico, se resistió la novia a participar en una juerga entre bandoleros, y Pedro se vió obligado a cogerla en brazos y, sin hacer caso de los gritos que daba, a llevarla hasta donde estaban los bandoleros, que al verlos llegar les hicieron sitio para que se sentaran junto a la hoguera.

El «Ahijado de la Muerte» obligó a sentarse a Marina, quedándose él en pie detrás de ella. Después, hizo una seña a «Cachorro» para que le acompañara con su guitarra en

la canción que pensaba dedicar a Marina, en cuyas estrofas, a más de un desprecio hacia las mujeres, se encerraba parte de la historia de ambos. A pesar de esto, Marina escuchó embelesada la voz de Pedro, que cantaba:

Si los hombres no fuéramos necios,  
ni pensáramos con la razón...

Una vez entregué mis amores a una linda mujer.  
Por eso las mujeres, ¡que vayan al diablo!

## TRAGICO FIN

Al día siguiente, ya bastante entrada la tarde, llegaron los bandoleros conduciendo a fray Justo, quien, con santa resignación, se había dejado atar y llevar hasta las ruinas del antiguo convento.

Al verlos venir, Pedro se dirigió a la habitación donde estaba encerrada Marina, para comunicarle que pronto se casarían; pero Marina, que comprendía que el amor y no el odio era el vínculo que debía unir a un matrimonio, se opuso con toda su alma y protestó por la actitud incomprensiva que Pedro demostraba.

—Es inútil— explicaba el «Ahijado de la Muerte» —. Ahora mando yo y a ti te toca obedecer.

—Escúchame... — intentó explicar por centésima vez Marina.

—No te esfuerces — le interrumpió Pedro —, ya es demasiado tarde.

—¡No tienes corazón! — exclamó Marina con las lágrimas en los ojos.

—Tienes razón, no lo tengo — replicó Pedro —, ¡Me lo quitaron con un hierro que tenía tu nombre!

Afortunadamente, esta escena, que iba tomando cada vez un cariz más dramático, fué interrumpida por la llegada del sacerdote y los bandoleros.

Ya le explicaron a fray Justo durante el camino para qué lo necesitaban; lo que no le dijeron fué que los novios que tenía que casar eran Marina y Pedro, a quienes conocía desde niños. Por eso, al verlos, se quedó un instante perplejo y sin saber qué decir.

Repuesto de la sorpresa, iba a darles la enhorabuena, porque imaginaba que, al fin, habían hallado la felicidad después de todas las vicisitudes que él no desconocía, cuando nuevamente quedó asombrado al ver que Marina corría a refugiarse en su persona, al paso que, implorante, decía:

—Fray Justo, fray Justo, ¡ayúdeme!

—¿Pero qué es esto? ¿Qué sucede? —preguntó el sacerdote anonadado.

Marina, sollozante, explicó al clérigo que Pedro quería obligarla a casarse con él. Fray Justo, que pasaba de sorpresa en sorpresa, preguntó:

—¿Pero, criatura bendita, no era eso lo que siempre anhelabas?

—Sí, pero es que Pedro ya no me quiere... ¡me odia!

El «Ahijado de la Muerte», que empezaba a perder la poca paciencia que le quedaba, sacó su pistola y apuntando con ella al religioso, le dijo:

—¡Fray Justo! ¡Horita mismo nos va a casar sin perder un segundo más!

—¡Alto! —respondió el sacerdote sin atemorizarse por la actitud amenazadora de Pedro—. Yo no puedo bendecir vuestra unión, si uno de vosotros no está de acuerdo con ella.

La firmeza de fray Justo indignó más aún al «Ahijado de la Muerte», que, amartillando el arma, repitió en un tono más amenazador su orden.

—Es inútil —contestó el sacerdote impertérrito—. Yo tampoco le temo a la muerte, y piensa, si es que quieres matarme, que quien con hierro mata con hierro muere, y tú,

Pedro, no eres inmortal. Esa historia de la protección de tu madrina, no es más que una leyenda.

—Es más que una leyenda — replicó el «Ahijado de la Muerte» —. ¡Es una verdad!

—Pues si tan convencido estás de ello, ¿por qué no te disparas un tiro en el corazón para demostrármelo a mí?

Las palabras dichas por el sacerdote hicieron efecto en el ánimo de Pedro, quien, para demostrarle su firme convencimiento, dió la vuelta a su revólver y se apuntó al corazón.

Rápidamente la mano del sacerdote apartó el arma del pecho de Pedro, en tanto que exclamaba:

—¡Que Dios te perdone!

La actitud de superioridad y de dominio demostrada por fray Justo dejó un tanto desarmado al «Ahijado de la Muerte», que aunque renovó su decisión de casarse con Marina, lo hizo esta vez sin amenazar.

—Es imposible — negó nuevamente el sacerdote —. Sólo os casaré si ella da su consentimiento.

—Pues bien, si no quiere — repuso Pedro —, peor para ella.

Y dichas estas palabras, se marchó.

Marina, aprovechando el auxilio que el cielo le enviaba por medio del sacerdote, explicó a éste toda la verdad de lo ocurrido entre ella y Pedro, rogándole le convenciera para que el amor que se profesaron volviera a renacer.

Enterarse de esto fray Justo y correr en busca de Pedro fué una misma cosa. Lo halló algo alejado de las ruinas, en una actitud que denotaba la lucha que sostenía en su alma.

Al oír los pasos que se acercaban, Pedro levantó la cabeza y, viendo al sacerdote, dijo con voz que no parecía salida del iracundo «Ahijado de la Muerte» momentos antes:

—Padre, si lo que viene a pedirme es la libertad de Marina, desde este instante está concedida.

Antes de responder, fray Justo elevó a Dios una plegaria

de agradecimiento, pues indudablemente Él era quien había tocado el corazón de Pedro, después dijo:

—Te equivocas, Pedro. No vengo a suplirarte la libertad de Marina. Vengo, en nombre suyo, a pedirte que te cases.

—¿Cómo? — preguntó asombrado el «Ahijado de la Muerte».

—Sí, Pedro. Lo que te he dicho. Y ahora, ten paciencia y escúchame lo que quiero contarte...

Y el sacerdote, aprovechando el estado de ánimo del «Ahijado de la Muerte», aclaró el mal entendido que existía entre éste y Marina. Al terminar, pudo ver en el rostro de Pedro la impresión que le habían producido sus palabras; y, al escuchar lo que le contestó, su ánimo se llenó de alborozo:

—Corra, padre, corra y diga a Marina que me perdona...

Pero el sacerdote no necesitó cumplir el ruego de Pedro, dictado por el amor y el arrepentimiento, porque en aquel instante apareció, iluminada por la luna, resplandeciente de hermosura, la figura de Marina, que a los ojos del «Ahijado de la Muerte» más parecía figura de ángel que de mujer.

—¡Marina! — exclamó, tendiendo sus brazos hacia ella.

—¡Pedro, querido!

Los dos enamorados se unieron en un apasionado abrazo la herida candente que Pedro tenía en su pecho quedó cauterizada con el contacto del cuerpo divino de Marina.

—Perdóname, amor mío... — decía Pedro mientras besaba los cabellos, la boca, los ojos de su novia.

Y de esta forma prosiguieron las demostraciones de amor que obligaron al sacerdote a que, un poco escandalizado, se retirara.

—Pedro querido, ahora ya nadie turbará nuestra felicidad — decía Marina, correspondiendo a las caricias de su amado.

Pero se equivocaba...

Unos disparos rompieron la tranquilidad de la noche.

Alarmados, se dirigieron presurosos hacia las ruinas del convento de donde había salido el ruido de los tiros. Prudentes, antes de avanzar más, decidieron averiguar la causa de los disparos y, mudos de asombro, ocultándose detrás de unos escombros para no ser vistos, pudieron observar la escena que allí se desarrollaba.

Más de cincuenta hombres, armados hasta los dientes, entre los que reconocieron a Julio y a Carmelo, habían invadido la guarida de los bandoleros y, antes de que tuvieran tiempo para defenderse, los cosieron a balazos.

Sólo quedaba en pie «Mataceros», quien, tembloroso, como una vibración, respondía al interrogatorio de Julio:

—¿Dónde está el «Ahijado de la Muerte»?

—Se... se marchó.

Y Julio, que estaba impaciente por acabar la tenaz e implacable persecución de su odiado enemigo, se puso rabioso por la contrariedad por no haberle encontrado en la guarida de los bandoleros, donde imaginaba estaría después de haber seguido atentamente su pista; y esta rabia le hizo apretar el gatillo y atravesar el cuerpo de «Mataceros», que dejó de temblar y de vivir al mismo tiempo.

Después dió orden de que prosiguiera la búsqueda del «Ahijado de la Muerte».

Pedro no necesitó ver más para comprender la situación difícil en que se encontraba. De haber estado solo no habría existido problema alguno, pero acompañado por Marina, tenía la obligación de velar por ella y de no exponerla a peligros inútiles, lo que impedía enfrentarse con sus perseguidores, cosa que, sin dudar, habría hecho de haberse hallado en el caso contrario.

Mas, cuando creía todo perdido, se acordó de un secreto que, al ingresar en la banda, le había revelado Mendoza.

Los bandoleros, previendo un posible ataque a su guarida, habían almacenado en lo alto de un cerro que existía en las proximidades de ésta, una gran cantidad de piedras,

que contenidas por una muralla de troncos, eran capaces de precipitarse en un alud con sólo mover uno de los troncos que había sido sabiamente dispuesto para ese fin.

Este recuerdo le hizo correr cerro arriba y, llevando de la mano a Marina, en busca de la única posibilidad de salvación que les quedaba.

Desgraciadamente, sus perseguidores hallaron pronto sus huellas y tuvieron que acelerar la ascensión para que la distancia que los separaba no se acortase.

Subieron jadeantes por entre las peñas y cuando ya parecía alcanzada la meta, Marina tuvo un desfallecimiento. Pedro, sin pérdida de tiempo, la cogió en sus brazos y prosiguió la ascensión.

Al ir a escalar una de las rocas, queriendo ver la distancia en que se encontraban de sus perseguidores, Pedro volvió la cabeza. Con asombro vió que, pisándole los talones, Carmelo, el odiado Carmelo, estaba apuntando contra ellos.

El «Ahijado de la Muerte» dejó a Marina en el suelo y, con la rapidez que le caracterizaba en el manejo de las armas, echó mano de su revólver para defenderse de su mortal enemigo y, aunque era un hombre de temple, la sangre se le heló en las venas: *el arma ya no estaba en su funda*, se le había caído, sin duda, al escalar uno de los repechos.

Su vacilación, sin embargo, duró una fracción de segundo.

—Si no con las armas — se dijo —, al menos con mis puños me libraré de él.

Y avanzó hacia Carmelo con la mirada centelleante y con sus puños crispados.

La pistola del caporal escupió fuego una, dos, tres veces..., cinco veces; pero las balas parecieron negarse a penetrar en el pecho del «Ahijado de la Muerte». Desesperado Carmelo, y sin tener tiempo para cargar de nuevo el arma, dada la proximidad de Pedro, arrojó contra éste su revólver, que tampoco consiguió estrellarse contra su objetivo.

Frente a frente, los dos hombres recurrieron a sus féreos puños, y, poniendo en juego sus titánicas fuerzas, comenzaron la pelea.

La suerte pareció acompañar en un principio a Carmelo, que consiguió derribar a su contrincante varias veces; pero después reaccionó Pedro y su superioridad se impuso, hasta que, de un formidable *uppercut*, hizo rodar a Carmelo por la pendiente del cerro.

Libre de su enemigo, Pedro corrió a reunirse nuevamente con Marina, para proseguir la ascensión, cuando un fragor que sintió le hizo volver la mirada.

El espectáculo que se ofreció a sus ojos, que dominaban desde la altura, fué realmente impresionante.

El cuerpo inerte de Carmelo, en su caída, había dado casualmente con el tronco que servía de resorte a ese primitivo, y a la vez, terrible medio defensivo, y primero de una en una; después de cien en cien, las piedras rodaban, yéndose a estrellar contra los que trataban de darles caza.

Julio, el despreciable y cruel patrón, yacía con la cabeza aplastada por un enorme pedrusco, y junto a él, tendidos en mil horripilantes maneras, estaban todos sus secuaces.

Cerró Pedro los ojos impresionado por tan espantosa visión y, volviendo a su alma el recuerdo de Marina, corrió a buscarla.

Se sorprendió no hallarla de pie y recuperada ya de su desfallecimiento. Preocupado, se arrodilló junto a ella.

—¡Marina! — dijo inquieto—. ¡Marina..., háblame!

Los ojos de su novia se entornaron y de su boca salió una debilísima voz:

—Pedro...

Fué entonces cuando el «Ahijado de la Muerte» reparó en una cosa que desgarró su alma. En el costado de Marina, abierto como el cáliz de una flor, un agujero manaba abundante sangre.

Comprendió entonces Pedro dónde habían ido a parar las balas que, disparadas por Carmelo, se habían negado a

penetrar en su cuerpo..., esas crueles balas prefirieron clavarse en su alma, que no era otra que el corazón de su amada.

La voz, entrecortada y débil, vino a sacarle de su dolorosa abstracción.

—Pedro... Pedro, ¿me querrás siempre?

Los labios del «Ahijado de la Muerte» se posaron en los de su amada, respondiendo a su pregunta.

Cuando los retiró, Marina había dejado de existir.

## EPILOGO

Llegado a este punto de su narración, el anciano, emocionado, se detuvo para secar sus lágrimas con el torso de su mano. Algunos de los que le escucharon le imitaron. Después, terminando la historia, añadió:

—...el alma de Pedro murió allí; dicen que su cuerpo vive todavía, solo y errante.

El silencio respetuoso que acogió a estas últimas palabras, fué roto por uno de los revolucionarios, que exclamó:

—¡Por todos los diablos, que me hubiera gustado conocer a ese «Ahijado de la Muerte»!

Y al decir esto no sospechó, ni por asomo, que era precisamente el propio «Ahijado de la Muerte» quien le había estado contando su historia.

El anciano, no obstante, no reveló su personalidad, y cuando las tropas del *generalito* Martínez se pusieron en marcha, se adhirió a la noble causa de los revolucionarios, luchando al lado de ellos, con el mismo entusiasmo que tuvo en su juventud por el triunfo de la justicia.

Siempre envidió a los que morían en los combates... y es que estaba impaciente por reunirse con alguien más allá de este mundo.

NO SÉ POR QUÉ

(ESPERON CORTAZAR)

No sé por qué  
venimos a esta vida,  
no sé por qué,  
a llorar y a sufrir:

No sé por qué  
dicen por «ta»  
que aquí todo se olvida,  
al que lo diga  
que miente le diré...

Si miro al mar  
se queja amargamente;  
si miro al sol...  
se burla de mi amor.

No sé por qué  
nos puso Dios el alma;  
no sé por qué  
Dios hizo a la mujer.

## AL DIABLO CON LAS MUJERES

(ESPERON-CORTAZAR)

Si los hombres no fuéramos necios  
y pensáramos con la razón,  
trataríamos con burla y desprecio  
a esa peste que llaman amor...

Sólo sirve pa darnos disgustos,  
pa rompernos el alma nomás,  
pa vivir entre penas y sustos  
y sufrir en silencio además...

Si uno quiere a mujer que es bonita  
por su culpa nos sale rival,  
y la vida resulta maldita  
y la suerte se vuelve fatal...

Si uno es pobre, les gusta el dinero;  
si uno es feo, lo tiran a león;  
y al amigo que es bueno y sincero  
lo trastornan pa hacernos traición.

Por eso mujeres que vayan al diablo,  
que sólo nos sirven pa darnos dolor.

## CANCIÓN VAQUERA

(ESPERON-CORTAZAR)

Por la vereda del llano  
va cantando el caporal,  
arrea ganado orejano  
para herrarlo en el corral.

Hay luz tierna en el potrero  
porque el sol va a reventar  
y una copla que el vaquero  
echa al campo a retozar.

¡Ay... ay... ay... ay...!

Mírame bien,  
no te hagas remolona, chiquita,  
con tu querer...

¡Dime que sí...!

¡no digas no...!  
tú sabes que tu dueño, chiquita,  
¡no más soy yo...!

Chilla el coyote escondido  
y vuela alto el gavián,  
y brama un toro perdido  
entre el verde zacatal.

Luna, tajada de queso  
te vas porque viene el sol...  
y un lucero queda preso  
entre sedas de arrehol...

¡Ay... ay... ay... ay...!

Mírame bien...  
no te hagas remolona, chiquita,  
con tu querer...

¡Dime que sí...!

¡no digas no...!  
tú sabes que tu dueño, chiquita,  
¡no más soy yo...!

## EL AHIJADO DE LA MUERTE

(ESPERON-CORTAZAR)

Canto alegre, porque miro  
la alegría de mi lugar...  
a la música tocando  
y a las parejas bailar...

Hoy que el sol regala su oro  
y mi cielo su cristal,  
doy mi canto más sonoro  
a mi tierra sin igual...

Soy ahijado de la muerte  
que resaca mi valor;  
la llorona me divierte  
con su canto de dolor...

Soy alegre por herencia  
pues nací en un carnaval  
y sostengo mi creencia  
de ser hombre muy cabal...

Por eso será  
que vivo cantando...  
la muerte buscando  
sin poderla hallar...

Por donde yo voy  
no hay cielo nublado  
por eso encantado  
de mi vida estoy...

**EDICIONES BIBLIOTECA  
FILMS (Serie Alfa) 2'50 ptas.**

**Cuidado con lo que haces.**  
**Par la dama y el honor**  
**El día que me quieras**  
**Marie Estuardo**  
**La prestera millonaria**  
**Los polígrafos de la gloria**  
**La bella rebelde**  
**Buscando fama**  
**Una mujer imposible**  
**El hombre del Niger**  
**Estruendo en luna de miel**  
**Prato dorado**  
**Andrés Harrey, tenorio**  
**El secreto del marqués**  
**Itrene**  
**Una hora en blanco**  
**La batalla**  
**La familia Robinson**  
**El valle del sol**

Michael Redgrave  
 Paul Lukas  
 Carlos Gardel  
 K. Hepburn  
 René Raymond  
 James Cagney  
 Ane Sothern  
 Don Ameche  
 Jerry Lugo  
 Victor Francis  
 Hugh Sinclair  
 Gable - Colbert  
 Mickey Rooney  
 Armando Falcon  
 Ana Neagle  
 Franchot Tone  
 Charles Boyer  
 F. Bartholomew  
 L. Craig, L. Bell  
 A. Moreno

**Quien conquista a la mujer**

**Casados sin casa**  
**La mujer de las dos caras**  
**Luna llena**  
**La hora radiante**  
**El signo de la cruz**  
**Cuando ellas se encuentran**  
**El rapto de Laura**  
**Una chica se divierte**  
**El Club 401**  
**Una mujer endiablada**  
**La vuelta del Rana**  
**Baños en la novela de Edgar Wallace**

M. Hopkins  
 Merioux-P. Neary

Greta Garbo  
 MacDonald  
 Joan Crawford  
 Friedrich March

Joan Crawford  
 Joan Fontaine  
 Jean Arthur  
 Anna Shirlis  
 Lupe Vélez

**El gran jefe**

**Cuando los hijos se van**  
**Otra vez más**  
**La hermanita del marqués**  
**Juventud ambiciosa**  
**El sospechoso**  
**Matrimonio de inconveniencia**  
**Una chica afortunada**  
**La dama del tran**  
**Documento 2, 3**  
**Zaza**

Victor McLaglen  
 Fernando Soler  
 Ronald Colman

Diana Durbes  
 William Holden  
 Ch. Laughton

Diana Barrimore  
 Jean Arthur  
 Diana Durbes  
 La Miranda  
 C. Colbert

**«Nueva serie»**

**3 ptas.**

**Olivia**  
**El duque de West Point**  
**El nuevo Zorro**  
**Butas infernales**  
**Hombreros intrépidos**  
**Kir Carson**  
**La ruta del Este**  
**¿Crimen o suicidio?**  
**¿Qué lindo es Michael?**

K. Hepburn  
 Joan Fontaine  
 John Carroll  
 John Wayne  
 John Wayne  
 John Hall  
 John Avy  
 Paul Kelly

Tito Guiza

**«Serie especial»**

**3'50 ptas.**

**Cuando quiero un mexicano**

**Así se quiere en Jalisco**  
**Diego Banderas**  
**Perjuro**  
**Jorge Negrete (Biografía)**  
**La cámara diabólica (1.ª parte)**  
**El rayo de la muerte (2.ª parte)**  
**La Dolores**  
**Tarzán de las fieras**  
**La madrina del diablo**  
**Sargento York**  
**Seda, sangre y sol**  
**Una carta de amor**  
**Una mujer internacional**  
**Mi novio está loco**  
**¡Ay Jalisco, no te rates!**  
**También somos seres humanos**

Jorge Negrete  
 Jorge Negrete  
 Jorge Negrete  
 Jorge Negrete  
 Flash Gordon  
 Flash Gordon  
 Arturo Codoy  
 Buster Crabbe  
 Jorge Negrete  
 Cary Cooper  
 Jorge Negrete  
 Jorge Negrete  
 George Brent  
 Dennis D. Keefe  
 Jorge Negrete  
 Burgess Meredith

**La venganza de Lagardero**

**Camino de Sacramento**  
**Destino**  
**Extraña mujer**  
**La dama de la frontera**  
**Maronita Clara**

Jorge Negrete  
 Jorge Negrete  
 Ingrid Bergman  
 Hedy Lamarr  
 Yvonne de Carlo  
 Evita Muñoz  
 (Chachita)  
 Ubaldino Lay

**Motocrossion**

**«Serie especial»**

**4 ptas.**

**El Ametzalladora**  
**¡Viva mi desgracia!**  
**Como México no hay dos**  
**Y era**

Pedro Infante  
 Pedro Infante  
 Tito Guizar  
 SNI Jarrel

**BIBLIOTECA CINE NACIONAL**

**«Serie especial»**

**4 ptas.**

**Don Quijote de la Mancha**

Rafael Rivales

**SELECCION BIBLIOTECA FILMS**

**1'25 ptas.**

**A la luna y al timón**  
**La Farrala**  
**Verbena**  
**Rosa de Africa**  
**Noche de engaño**  
**Cautivo del desierto**  
**Flor de espino y praga**  
**na de Albaicín**  
**Tu legarás**  
**Buenas noches**  
**Oveño**

Miguel Ligero  
 María Tomás  
 María Tomás  
 Tomás - Medina  
 A. Nazzari  
 Leslie Howard  
 Gracia de Triana  
 Roberto Rey  
 María L. Gorroñu  
 Roberto Rey

**CELEBRIDADES DEL CINEMA**

**Charles Boyer (Colección de 8 pastales)**

**75 céntos.**

**BIBLIOTECA CINE NACIONAL**  
2 ptas.

¡No quiero!... ¡No quiero! . . . . .	José Baviera
Ud. tiene ojos de mujer fatal . . . . .	R. de Sentmenat
Sean tres hermanas . . . . .	Luisita Gargallo
Bohemia . . . . .	Emilia Aliaga
Don Floripondia . . . . .	Valeriano León
Los hijos de la noche . . . . .	Miguel Ligero
La última falla . . . . .	Miguel Ligero
Martingala . . . . .	Niño Marchena
Rápeme usted . . . . .	Celia Gámez
Tierra y cielo . . . . .	Maruchi Fresno
¡ai-ai! . . . . .	Indo del Val
¿Quién me compra un lío? . . . . .	Maruja Tomás
El concito madrileño . . . . .	P. G. Velázquez
La reina mora . . . . .	Pedro Terol
María de la O . . . . .	Carmen Amaya
Alas de paz . . . . .	Lys Valois

**EDICIONES BIBLIOTECA FILMS** 2 ptas.

La arlesiana . . . . .	Raimu
Maris . . . . .	Richard Dix
Manchuria . . . . .	Gloria Swanson
Indiscreta . . . . .	Brigitte Helm
Una de nosotras . . . . .	Diana Karenne
El collar de la reina . . . . .	Camilla Horn
Moral y amor . . . . .	Cary Grant
Casino del mar . . . . .	M. Chevalier
El caballero del Folies . . . . .	E. G. Robinson
Pasaporte a la fama . . . . .	Carmen Guerrero
María Elena (Flor de fucos) . . . . .	Wynne Gibson
El sobre lacrado . . . . .	Charles Collins
El bailarín pirata . . . . .	Astaire - Rogers
Sigamos la flota . . . . .	Lil Dagover
Mamá se casa . . . . .	Robert Taylor
Melodía Broadway 1938 . . . . .	Gene Raymond
Apuesta de amor . . . . .	Warren William
La vuelta de A. Lupin . . . . .	Gino Cervi
Héctor Fieramosca . . . . .	Lili Pons
El mundo a sus pies . . . . .	A. Nazzari
Sepultada en vida . . . . .	K. Hapburn
Damas del teatro . . . . .	Zasu Pitts
El detective y su compañera . . . . .	Joan Fontaine
Señorita en desgracia . . . . .	Kate de Nagy
Una aventura de la Pompadour . . . . .	Boris Karloff
El poder invisible . . . . .	Willy Birgel
Melodía rota . . . . .	Ann Sothern
Cupido sin memoria . . . . .	Paula Wessely
María, hona . . . . .	Clive Brook
El caso Varu . . . . .	Joan Fontaine
La quimera de Hollywood . . . . .	Heinz Rühman
Los tres vagabundos . . . . .	

**EDICIONES BIBLIOTECA FILMS** 2 ptas.

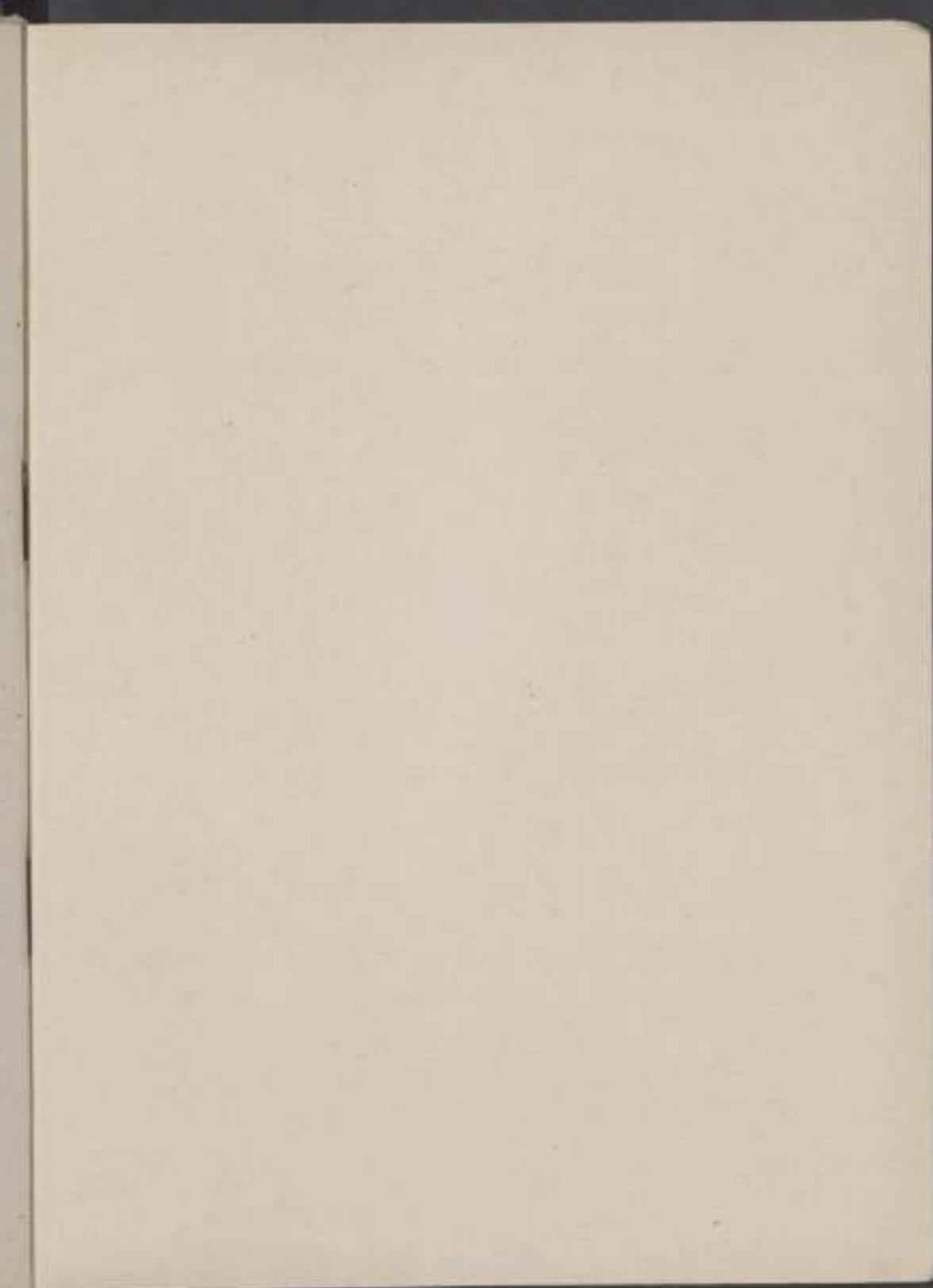
El rey soldado . . . . .	Emil Jennings
El malvado Carabel . . . . .	Antonio Vico
El doctor Arrowsmith . . . . .	Ronald Colman
El cardenal Richelieu . . . . .	George Arliss

**BIBLIOTECA CINE NACIONAL (Serie Alfa)** 2'50 ptas.

Carmen la de Triana . . . . .	I. Argentina
Melodía de arrabal . . . . .	Argentina-Gordel
La Millona . . . . .	R. de Sentmenat
El sobre lacrado . . . . .	Luisita Gargallo
Suspiros de España . . . . .	Miguel Ligero
El difunto es un vivo . . . . .	Antonio Vico
Rumba al Cairo . . . . .	Miguel Ligero
El octavo mandamiento . . . . .	Lina Yegros
Molinos de viento . . . . .	Pedro Terol
La alegría de la huerta . . . . .	Flore Santacruz
El barbero de Sevilla . . . . .	Miguel Ligero
El crimen de medinaceli . . . . .	Ramón Perada
Sol de Valencia . . . . .	Maruja Gómez
Misterio en la marisma . . . . .	Tony D'Algy
Rosas de oro . . . . .	M. F. Ladrón G.
La patria chica . . . . .	Ethelitta Castro
La chica del gato . . . . .	Loita Hernán
Un anillo de familia . . . . .	Mercedes Vecino
La culpa del otro . . . . .	Luis Prendes
Fin de curso . . . . .	Luchito Soto
Mi enemigo y yo . . . . .	Luis Prendes
Y tú ¿quién eres? . . . . .	Olvido Guzmán
Una mujer en un taxi . . . . .	Silvia Morgan
Una hurencia en París . . . . .	F. Biquier
Empozó en boda . . . . .	Sara Montiel

**EDICIONES BIBLIOTECA FILMS (Serie Alfa)** 2'50 ptas.

Sabá «Toomay de los Elefantess» . . . . .	Michael Redgrave
Tú cambiarás de vida . . . . .	Daniella Darrieus
Una chica insoportable . . . . .	Ann Harding
Mortal sugestión . . . . .	Dolores del Río
Acusada . . . . .	Lily Kelly
El misterio de Villa Rosa . . . . .	Greta-Gyn
Albergue nocturno . . . . .	Claude Rains
Los dos niños de París . . . . .	Lil Dagover
¿Es mi hijo? . . . . .	Mickey Rooney
Las vacaciones del juez Harvey . . . . .	Cary Grant
La última avanzada . . . . .	G. Carbo - Taylor
Margarita Gautier . . . . .	Mickey Rooney
Forja de hombres . . . . .	Edmund Love
Bajo el manto de la noche . . . . .	F. Bartholomew
El pequeño lord . . . . .	Walter Abel
El asesino invisible . . . . .	Michael Redgrave
Alarma en el expreso . . . . .	Jaques Teyll
Los dos pilletes . . . . .	Leslie Howard
Pygmalion . . . . .	



Leyendo siempre EL FOLLON  
de risas darás un millón.

# EL FOLLON

La publicación de abracadabrante humorismo

Dibujantes: MONTAÑOLA  
MALLOL  
MESTRES  
JUAN DIEGO  
CEDO

## TITULOS:

Situación comprometida  
Delicadeza impropcedente  
"El Follón" estudiantil  
"El Follón" del estraperlo

# EL FOLLON

Eufórico y optimista, eminentemente  
descacharrante y de fina ironía,  
armará EL FOLLON padre

**DOS pesetas**

Si humor quieres tener  
EL FOLLON debes leer.

---

**4 ptas.**